BABEL

Revista de Arte y Crítica

HOMENAJE AL PUEBLO ESPAÑOL

EN EL DECIMO ANIVERSARIO DE SU RESISTENCIA

1 9 3 6 — 1 9 4 6

JULIO - AGOSTO

Santiago de Chile 34

Manuel Rojas

Diez años

Tal vez no haya existido jamás un pueblo más defendido y más traicionado a la vez que el español, ni tampoco uno que haya despertado más admiración y menos piedad. Durante decenios hemos compadecido al pueblo chino, por ejemplo, vapuleado y hambreado; al hindú, menospreciado y saqueado, y, en estos días, al alemán, embrutecido y desorientado, o al polaco, aniquilado y sometido; pero no hemos sentido admiración por ellos. Por el español, sí, y junto con admirarlo sentimos que no necesita nuestra piedad, más aun, que la rechaza. Cuando estrechamos las manos de ciertos españoles o pensamos en ellos, experimentamos una sensación que podría traducirse diciendo que son hombres que fueron duramente derrotados, pero que nadie fué duramente derrotado sin haber duramente combatido.

La piedad, por lo demás, es un sentimiento estéril y barato, y en cuanto a la admiración, no es más fecunda ni más onerosa que aquélla. Si el pueblo español, en vez de tanta admiración, hubiese contado con más ayuda, no hubiese perdido la guerra civil. Desgraciadamente para él, no pudo ocurrir así: su suerte estuvo en las manos de los que no sienten piedad ni admiración por ningún pueblo, sea propio o ajeno. Los que sentíamos admiración por él no pudimos ayudarle; en cuanto a los otros, ¿qué se podía esperar de ellos?

Por una ironía que se repite en todo el curso de la historia humana, la suerte de las grandes causas siempre queda en manos de los que representan a las pequeñas.

*

Desde 1917, año de la revolución rusa, no había ocurrido en el mundo un movimiento social que despertara tanta pasión

como aquella guerra civil, y no cabe duda de que la guerra civil española fué, más que nada, un movimiento social. Desde que sonó el primer tiro y se enfrió el primer muerto, cada ser humano supo cuál era su causa y cuál su fila y nadie quedó sin la primera ni sin la segunda, excepto quizá los que no tienen ni la tercera ni la cuarta ni ninguna. Pero los que defienden al obispo y a su cepillo, al general y a su espadón, al banquero y a sus céntimos, al propietario y a su conventillo, al hacendado y a sus uñas, al negrero y a su látigo, al gestor y a su saco, al traficante y a su faltriquera, al político y a sus triquiñuelas, ésos, y éstos mismos, y los que defienden su propio negocio, esté ese negocio donde esté, en Roma o en Londres, en París o en Nueva York, en Tokio o en Buenos Aires o Santiago, todos, supieron desde el primer momento de qué se trataba: de defender el negocio de todos y de cada uno.

(«En España impera el interés con una desvergüenza como pocas veces ha visto el mundo. Lo que está ocurriendo allí es una de las páginas más escandalosas y más mortificantes que haya producido la historia. ¿Lo ve el mundo y lo siente así? Sólo muy parcialmente. Porque los intereses criminales saben muy bien cómo embrutecer al mundo y arrojarle tierra a los ojos... Un pueblo sojuzgado y explotado con todos los instrumentos de la reacción más anticuada brega por lograr una existencia más brillante, más compatible con la dignidad humana, por un orden social más presentable a la faz de la civilización... ¿Qué sucede? Estalla y fracasa una insurrección de generales, combinada con los explotadores y opresores, para salvaguardar sus intereses, con la ayuda de los intereses extranjeros. Cuando ya está casi vencida, la mantienen gobiernos extranjeros enemigos de la libertad. La mantienen y prolongan con dinero, hombres y material, hasta el punto de que parece que no ha de tener fin la obstinada, despiadada y trágica carnicería. Se llevan las tropas de sus propias colonias a luchar contra el pueblo, que defiende desesperadamente su libertad y sus derechos humanos. Sus ciudades son demolidas por bombarderos

extranjeros, se asesina a sus mujeres y a sus niños, y a todo eso lo llaman un movimiento nacional; a esta villanía que clama al cielo la llaman Dios, orden y belleza.» Thomas Mann: *Estoy con el pueblo español.* 1936.)

Del otro lado de esta barricada que defendía a Dios, al orden y a la belleza, se alinearon en todo el mundo millones de trabajadores que supieron también, desde el primer momento, de qué se trataba; y no sólo trabajadores manuales de los mataderos de Chicago, de las hilanderías inglesas, de las minas de carbón de Chile o de los aserraderos del Canadá, sino que también trabajadores intelectuales de todo el mundo, desde los grandes creadores de la literatura, como Thomas Mann y André Gide, hasta los maestros de la Física, como Einstein y Joliot.

*

Aquel apasionamiento fué, sin duda, muy intenso en América hispana, pero su mayor intensidad se suscitó en países que, como Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Rusia, Alemania e Italia tenían, por una parte, una grande, una tremenda hacha que afilar, y por otra, una enorme y poblada barba en remojo. Al lado de esos países, los de la América española aparecían como simples mirones callejeros, sin importancia y sin peso específico alguno que pudiese influir en el resultado de la lucha.

De aquellos seis países, Francia e Inglaterra fueron los que con mayores ojos miraron hacia la Península. No se trataba de una guerra civil cualquiera; se trataba de la primera batalla política armada, y de contornos internacionales, que el nacismo y el fascismo, representados en España por la Falange, los moros y otras alimañas ayudadas por Alemania e Italia, peleaban en el escenario europeo. La guerra civil española, según lo reconoció el Subcomité de las Naciones Unidas, fué el principio de la segunda guerra mundial. («La correspondencia cambiada entre Franco y Hitler y Mussolini, demuestra que ellos no consideraron que la guerra había comenzado en 1939 sino en el momento de estallar la revolución

franquista en España y que la ayuda dada por Hitler y Mussolini a Franco fué parte del plan general de agresión fascista contra las potencias democráticas.» *Informe.*)

Pero, aunque de ello se trataba, la batalla no estaba dirigida por el momento sino contra el pueblo español, y aunque una batalla ganada contra el pueblo español sería una batalla ganada, por lo menos moralmente, contra las llamadas democracias, los gobiernos de esas democracias decidieron abstenerse no sólo de intervenir en una lucha en que abiertamente intervenían Alemania e Italia sino que también de vender armas al pueblo español, que era el atacado y que tenía un gobierno que, aunque torpe, era legítimo, ya que lo uno no quita lo otro. De este modo fué cómo, los posteriores campeones de la democracia, Inglaterra y Francia, que decidieron convertirse en tales únicamente cuando la bota imperialista de los nacis y fascistas resonó en sus imperiales posaderas, declararon su miedo y su indiferencia y abandonaron a su suerte al pueblo español, uniéndose a ellos la Gran Democracia del Norte, Estados Unidos, que había vendido armas al Japón antes, durante y después del ataque de este país contra Manchuria y que en ocasión del conflicto italo-etíope tuvo el heroismo de declarar su neutralidad, manteniéndola hasta que la capital de Etiopía cayó en manos de las hordas de Mussolini.

Se podía vivir mientras el pueblo español era masacrado; nada lo impedía, ni siquiera la conciencia democrática, y en tanto no se tocara o se intentare tocar la bolsa de unos, el conventillo de otros, las acciones de éste, los dividendos de aquél, no había para qué darse por aludido. En España, por lo demás, había muchos «rojos».

*

El pueblo español hubo, pues, de hacer frente, solo, a todos sus enemigos, porque si bien es cierto que México y la Unión Soviética le ayudaron, no es menos cierto que la ayuda mexicana, aunque generosa, no fué lo bastante considerable

como para decidir la lucha y que la soviética, además de onerosa, fué deficiente: el país de los trabajadores entregó al pueblo español sólo algo de lo que éste necesitaba, cobrándolo a buen precio y al contado, sin que ese buen precio y ese pago al contado significara que lo que entregaba era de la mejor calidad.

Pero el pueblo español no sólo hubo de luchar contra su ejército, insurreccionado, y contra tropas moras, italianas y alemanas sino que, además, hubo de sufrir la increíble torpeza de sus gobernantes, que no habían sabido, desde un principio, atar ni desatar con un poder que les había caído como del cielo y que, estallada la insurrección en Marruecos, cayeron en una especie de sopor, como si la insurrección no fuese lo que era, es decir, un movimiento revolucionario dirigido contra el pueblo y el gobierno sino algo deportivo, ajeno a ellos y cuyos resultados dependían de seres ajenos al gobierno y al pueblo. El gobierno del Frente Popular, que había permitido que los generales monárquicos y profascistas conservaran sus puestos y organizasen, a ojos vistas, una insurrección, no supo, cuando esa insurrección estalló en sus barbas, qué hacer contra ellos; peor aun: entorpeció lo que el pueblo y algunos españoles inteligentes y activos quisieron hacer.

«Casares Quiroga [Ministro de Guerra], se mantenía en esa negativa contra el consejo de sus colaboradores y contra el mandato urgente de la necesidad. Posiblemente se trataba de un acuerdo irreflexivo con el que trataba de imponer su voluntad de gobernante desacatado, al que muy contados subalternos obedecían. Su resistencia a facilitar las armas había trascendido y su nombre provocaba estallidos de cólera. Su impopularidad se agigantaba entre sus propios correligionarios, a los que oí negarle todas las virtudes y atribuirle todos los defectos... Y no es que dejase de existir la voluntad de defensa, que seguía aumentando en el pueblo madrileño. Faltaban las armas para que esa voluntad se manifestase, el caso llegado, en obras. ¡Armas! ¡armas! era un grito angustioso que se escuchaba en todas partes. La orden de Casares

Quiroga era terminante: «Quien las facilite sin mi consentimiento, será fusilado.» (Julián Zugazagoitia: *Historia de la guerra en España.*)

No es posible echar a uno solo la culpa de todos y el caso de Casares Quiroga es sólo uno entre tantos; pero es indudable que los gobernantes españoles de aquellos días, desde el Presidente hasta los últimos y más lejanos alcaldes o lo que fuese, hicieron cuanto estuvo en sus manos para hundir al pueblo español en la más tremenda de las guerras civiles. Porque si el gobierno hubiese sido, desde un principio, meramente enérgico, sin necesidad de llegar a lo dictatorial, hubiese evitado la insurrección; si, estallada la insurrección, hubiese sido meramente enérgico, hubiese evitado la guerra civil; pero la verdad es que, meramente, no fué capaz de evitar nada.

Todo conspiró, pues, contra el pueblo español: su gobierno, que no supo defenderlo, y su ejército, que lo traicionó primero, que no supo ganar rápidamente la revolución después y que finalmente, siempre dando muestras de su gran nacionalismo, trajo a mercenarios y a extranjeros a pelear contra quien no tenía más delito que el de haber elegido a quienes no supieron corresponder a su fe y a su esperanza.

Por eso he dicho que tal vez no haya existido jamás un pueblo más defendido y más traicionado a la vez que el español. Quizá más traicionado que defendido.

*

Algún día, alguien, un gran poeta o un gran novelista, quizá un apasionado historiador, escribirá la epopeya de ese pueblo; contará entonces cómo ese pueblo fué el primero que se levantó contra el fascismo; cómo ese pueblo, mirado en menos en Europa y América por habitar un país de escaso desarrollo industrial, dió un ejemplo de dignidad y de hombría a los que habitan países repletos de carbón, hierro o petróleo; cómo un pueblo en alpargatas, sin más armas que las que al principio pudo, más que recibir, arrebatar de las manos de amigos y enemigos, escribió con ellas y sin ellas las páginas

de Madrid y de Barcelona; cómo no escatimó sangre ni coraje; cómo fué el asombro del mundo y cómo ese asombro atrajo a sus ensangrentadas ciudades y carreteras, montañas y ríos, a hombres que desde lejos reconocieron en él, sin tomar en cuenta el lugar ni la lengua, su propia sangre, su propia causa y su propio dolor; cómo, aquí y allá, a través de la tierra y siguiendo la oculta trayectoria de una pura vena de amor humano, le cantaron los más altos poetas en las más diferentes lenguas, desde aquella en que se ha alabado, durante siglos, las suaves colinas de Inglaterra hasta aquella en que se ha llorado, con las más tristes palabras, la desolación de las llanuras del noreste europeo; cómo, al mismo tiempo, los resentidos y los limitados, los monaguillos y los cagatintas, junto con los grandes rufianes de la política de apaciguamiento y de no intervención, desde los vagos lores del almirantazgo, los fiambres emparaguados y los bien nutridos o elegantes *torys* de Downing Street 10 hasta los grises tinterillos y los ásperos ventrílocuos democráticos de la Casa Blanca, elevaron y mostraron, los primeros sus chillidos de ratas ante la posibilidad de que un pueblo aplastara, alguna vez siquiera, a un puñado de repugnantes generales alzados en armas, y los segundos su espantosa indiferencia («Todo lo que está ocurriendo en España no vale la vida de un marinero inglés»), su grosero espíritu comercial («Si la elección fuese entre un estado comunista y un estado fascista diría que la balanza de nuestra ventaja imperial se inclinaría del lado del establecimiento del estado fascista») o su respeto ante los gobiernos de fuerza («Declaro que no cuentan con mi simpatía aquellos que creen que es ingenioso o aun gracioso insultar e injuriar al gobierno de España cada vez que se les presenta la ocasión»); cómo los grandes que escribieron la Carta del Atlántico y firmaron la Declaración de Teherán, se achicaron después hasta el ridículo y olvidaron lo escrito y lo firmado («Y desean ver restablecido el derecho soberano y el autogobierno de aquellos que fueron privados de ellos por la fuerza»); cómo los hijos de ese pueblo, después de perdida la lucha gracias a

la ayuda que Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania e Italia prestaron a los nacionalistas, unos con su cinismo y otros con su estupidez, fueron perseguidos por el gobierno títere de Laval y de Petain, encerrados en cárceles y campos de concentración y cómo, a pesar de ello, siguieron luchando contra el fascismo y el nacismo donde y cuando pudieron: en Narvik con los ingleses, en Francia con los *maquis*, en Africa con los franceses, norteamericanos e ingleses; cómo éstos y aquéllo los han abandonado ahora con el más cobarde de los abandonos, y cómo, finalmente, a pesar de que amigos y enemigos han enturbiado su clara fuente, unos con sus odios, otros con sus venganzas, aquellos con sus rencillas, estos con su ambición política, su causa resplandece en el corazón del hombre como una pura estrella en el corazón del cielo nocturno.

¡Oh, España!

«Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora,
y al ítalo las puertas de los mares.
¡Odio y miedo a la estirpe redentora
que muele el fruto de los olivares,
y ayuna y labra, y siembra y canta y llora!»

★

No piensen ustedes que Alemania, Italia, Portugal, son los únicos que luchan contra España. Su principal enemigo ha sido Inglaterra. Decididos aliados del general Franco han sido los intereses del dinero dominante en Francia, que junto con Inglaterra, han obstaculizado la ayuda legítima que el Frente Popular francés debería haber dado, aunque no fuera más que por el bien del propio pueblo francés. También la clase dominante de los Estados Unidos está siendo conscientemente hostil al pueblo de España, a través de poderosos periódicos, iglesias y bancos. Y ahora nuestro Departamento de Estado, al asumir una falsa neutralidad con Francia e Inglaterra, completa así la felonía de los invasores alemanes e italianos, da una demostración de cuál es su verdadera bandera—olvidando nuestra propia Revolución en la que gozamos de la ayuda de soldados franceses y polacos, en contra de los mercenarios alemanes traídos por los ingleses, para combatir contra nosotros.

WALDO FRANK